

ÓSCAR COELLO

***LA RELIGIÓN DE MANCO CÁPAC,
EL LUCERO DEL ALBA***

***MANCO CAPAC'S RELIGION,
THE MORNING STAR***

***LA RELIGION DE MANCO CÁPAC,
L'ETOILE DU BERGER***

Resumen

El presente artículo muestra algunos textos donde el Inca Garcilaso describe en los *Comentarios reales* la religión de los incas; y en los cuales, a su modo, el narrador ficcional busca emparejar con ella las verdades esenciales de la religión cristiana occidental. Previamente, nuestro artículo contextualiza, en lo que concierne al tema, el discurso literario de este excelso escritor del Renacimiento hispanoamericano. La versión original de este trabajo fue leída en la Universidad Jesuita Antonio Ruiz de Montoya con ocasión del cuadringentésimo aniversario del libro cenital del Inca.

Palabras claves: Inca Garcilaso; religión; *Comentarios reales*; textos.

Abstract

This article shows some texts where Inca Garcilaso describes the religion of the Incas in the *Royal Commentaries*; and in which, in his own way, the fictional narrator seeks to match with it, the essential truths of the Western Christian religion. Previously, our article contextualizes, with regard to the topic, the literary discourse of this lofty writer belonging to the Hispanic-American Renaissance. The original version of this paper was read in the Jesuit University Antonio Ruiz de Montoya on the occasion of the four-hundredth anniversary of the zenith book of the Inca.

Key words: Inca Garcilaso; religion; *Royal Commentaries*; texts.

Résumé

Le présent article met en évidence quelques textes de : les *Commentaires royaux* où l'Inca Garcilaso décrit la religion des incas; et dans lesquels, à sa façon, le narrateur fictionnel essaie d'égaliser avec elle les vérités essentielles de la religion chrétienne occidentale. Précédemment, notre article adapte, en ce qui concerne au sujet, le discours littéraire de cet éminent écrivain de la Renaissance hispano-américain. La version originale de ce travail a été lue à l'Université Jésuite Antonio Ruiz de Montoya à l'occasion du quatre centième anniversaire du livre *Zénithal* de l'Inca.

Mots clés: Inca Garcilaso; religion; *Commentaires royaux*; textes.

Gacilaso, un hombre de fe

Quiero proponer unas imágenes que ojalá me permitan contextualizar, en el marco de la fe católica, el discurso inefable del Inca Garcilaso, de modo que podamos contemplar con acierto su forma de presentar la religión de los incas.

El atardecer del 18 de abril de 1616, el ser de carne y hueso, el autor, el ser real que ahora está sepultado en una capilla de la Catedral de Córdoba, se dio cuenta de que se estaba muriendo; y llamó al escribano Gonzalo Fernández de Córdoba (un homónimo del Gran Capitán) para dictarle su testamento; y comenzó a recitar de este modo: «[...] yo garcí laso inga de la bega, clérigo que por otro nombre me solía llamar gómez suárez de Figueroa» (González de la Rosa 1908: 263).

Tomemos esta frase dicha en la hora definitiva de todo hombre, y auscultemos sus muchas verdades. Primero, aquí hay un clérigo (un religioso) que se está muriendo; segundo, hay un personaje de ficción que queda, y que no se va a morir jamás, es decir, el Garcilaso Inga de la Vega o Garcilaso de la Vega Inca o el Inca Garcilaso de la Vega como se llamaba en su quehacer literario (es decir, su seudónimo); y, tercero, hay un nombre olvidado, el primer nombre, que nos revela la identidad real de aquel anciano de 77 años que en la hora inevitable de la muerte recuerda con fervor cómo fue

bautizado de niño en el Cuzco por sus padres; en especial, por don Sebastián, su padre, el fino caballero de la Vega, que le repitió el nombre de su ronco abuelo español: Gómez Suárez de Figueroa.

Ahora retrocedamos a 1555, y encontrémonos con este nuevo Gómez Suárez de Figueroa, peruano, jovencito, hacia los 15 o 16 años, y veamos en qué andaba en el Cuzco, la ciudad sagrada de los incas, su lar. Por aquellos días de 1555, hay unos franciscanos que apetecen un terreno inmenso con andenes que tiene el español Juan Rodríguez de Villalobos, y lo quieren para edificar allí su iglesia y convento. De alguna manera, logran que las autoridades expropien el terreno por una suma elevadísima que debía pagarse en un plazo perentorio, digamos de unas 72 horas. La cancelación debía hacerse, y así se hizo, en la casa del corregidor de la Ciudad, es decir, del padre de nuestro Gómez Suárez de Figueroa, pues a este le correspondía entregar el terreno. La escena la rememora así el Inca en los *Comentarios*:

«...[el terreno se] apreció en veinte y dos mill y dozientos ducados. Era entonces guardián vn religioso de los recoletos llamado fray Juan Gallegos, hombre de santa vida y de mucho exemplo, el qual hizo la paga dentro en casa de mi padre, que fue el que le dio la possessión: y lleuó aquella cantidad en barras de plata. Admirándose los presentes de que vnos religiosos tan pobres hiziessen vna paga tan cumplida y rica, y en tan breue tiempo, porque vino mandado que se hiziesse dentro de tiempo limitado. Dixo el Guardián señores no os admiréis que son obras del cielo, y de la mucha caridad desta ciudad que Dios guarde, y para que sepáis quán grande es, os certifico que el lunes desta semana en que estamos, no tenía trezientos ducados para esta paga, y oy Iueues por la mañana me hallé con la cantidad que veys presente: porque acudieron estas dos noches en secreto, assí vezinos que tienen Yndios como caualleros soldados, que no los tienen, con sus limosnas en tanta cantidad que despedí muchas dellas quando vi que tenía bastante recaudado [...]».
(Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 178v.^o)

Y agrega el Inca Garcilaso: «Todo esto dixo aquel buen religioso de la liberalidad de aquella ciudad, y yo lo oy» (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 178v.º).

Una tercera y última escena que quiero proponer, para introducir el tema, es la siguiente: Otro día, por aquellas mismas épocas, otro sacerdote diferente predicó en tiempos de Cuaresma que se debía construir un hospital para indios en el Cuzco. Al término de los sermones, salieron el sacerdote y el papá del joven Gómez Suárez de Figueroa a recoger las limosnas de los españoles notables del Cuzco. Así lo cuenta nuestro amado escritor:

«Aquella tarde salieron los dos y la pidieron [la limosna], y por escrito asentaron lo que cada vno mandó: anduieron de casa en casa de los vezinos que tenían Yndios, que aquel día no pidieron a otros: y a la noche boluío mi padre a la suya, y me mandó sumar las partidas que en el papel traya, para ver la cantidad de la limosna: hallé por la suma veinte y ocho mill y quinientos pesos (...) Esta fue la cantidad de aquella tarde que se juntó en espacio de cinco horas [...]». (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 179r.º).

Con el dinero completo, se comenzó la edificación, y añade el Inca: «Debaxo de la primera piedra que assentaron en el edificio, puso Garcilasso de la Vega, mi señor, como corregidor, vn doblón de oro de los que llaman de dos caras, que son de los reyes cathólicos don Fernando y doña Ysabel...» (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 179r.º).

Gómez Suárez de Figueroa estuvo muy ligado al mundo católico desde muy niño, y así fue hasta la hora de la muerte

Creo que queda claro que el joven Gómez Suárez de Figueroa andaba en muy buenas relaciones con su padre, el capitán español Sebastián Garcilaso de la Vega. Aquí vemos cómo lo acompaña en asuntos importantísimos. Me consta que ambos se quisieron

mucho. Sé que nuestro escritor, desde España le pidió permiso al Papa para llevar los restos de su padre desde el Cuzco, para sepultarlos en tierra española y tenerlos cerca. Cada que se refiere a él en sus libros le llama con respeto, «Mi señor». Pero de lo que no me queda duda es de que desde muy joven nuestro Gómez Suárez de Figueroa fue criado en medio de obras pías, de caridad y de limosna. Cuando se muere nuestro primer escritor, en la lejana Córdoba, se muere rico (bueno, si lo comparamos con su colega don Miguel de Cervantes y Saavedra que fue sepultado en una fosa común por santa misericordia de las monjas trinitarias de la caridad). He leído el testamento de Garcilaso y los codicilos, de extremo a extremo, y me consta que le deja gruesas limosnas a medio mundo, especialmente a sus criados, monasterios, conventos e iglesias. Leamos algunas evidencias:

«Mando que digan por las ánimas de mis padres ya difuntos [...] trezientas misas rreçadas en las iglessias y monasterios que paresziere a mis albaceas y se dé la limosna [...]». (González de la Rosa 1908: 264)

«Mando que den a beatriz de bega mi criada durante los días e años de su bida ochenta ducados de renta [...]». (ídem).

«... digo y declaro que yo tengo e poseo por mi esclaba cautiba sujeta a sugezión e serbidumbre a marina de córdoua y en pago e Remuneración de los buenos serbizios que me a fecho quiero y es mi boluntad que después de mis días la dicha marina de córdoua quede libre [...] [y] mando que le den [...] cinquenta ducados de Renta cada año durante los días e años de su vida [...]». (González de la Rosa 1908: 265)

En fin, resalto que a la hora de morir no se definió como escritor, sino como un clérigo católico. Obviamente, fue más que eso, pero como escribo ahora de su fe, creo firmemente que en la vida real, antes que nada fue lo que yo llamaría un cristiano viejo, es decir, de aquellos cuyas raíces andan tan hondas que ya

terminan por saciarse de los ríos subterráneos de la certeza pura. Nada digo de sus amistades clericales al tiempo de escribir sus libros cenitales, sobre todo de su amistad con los jesuitas porque es tema que mejores plumas (Carlos Aranibar 1995: 701-2, por ejemplo) ya han trabajado.

La religión de Manco Capac, el lucero del alba

Es difícil hacer el deslinde en los *Comentarios reales* entre el autor, el ser real y el narrador o la voz ficcional que cuenta o narra. Justamente su fama y su resonancia de 400 años solo certifican la excelencia de una pluma maestra que nos ha hecho transitar sin que nos percatemos entre el mundo de la realidad y el de la fantasía. Pero, aunque hablemos del enunciador ficcional que cuenta o narra es imposible negar esa fe a ultranza que resume en todo el trabajo artístico de nuestro escritor.

Aquel clérigo católico que publica sus libros bajo el nombre ficcional del *Inca Garcilaso*, cuando explica –embellecida– la religión del hermoso país de los incas la acerca no solo a su entender, sino también al entender de sus primeros lectores hispanos, que eran cristianos, católicos y practicantes, también como él. Disfrutémoslo así.

Rastrearon los Incas a Dios, nuestro Señor

Miremos ahora cómo el Inca Garcilaso nos propone la idea de que los amautas (los intelectuales incas) intuyeron la presencia del mismo Dios, el Altísimo, de la cultura cristiana; solo que ellos le llamaron Pachacámac. En efecto, en el segundo libro, tiene un capítulo titulado: «Rastrearon los incas al verdadero Dios Nuestro Señor». Ahí se lee lo siguiente:

«... los Reyes Yncas, y sus Amautas, que eran los Philósofos rastrearon con lumbre natural al verdadero sumo Dios, y Señor nuestro, que crió el cielo y la tierra, como adelante veremos en los argumentos y sentencias,

que algunos dellos dixeron de la diuina Magestad: al qual llamaron Pachacámac, es nombre compuesto de Pacha, que es mundo vniuerso, y de Cámac, participio de presente del verbo Cama, que es animar, el qual verbo se deduze del nombre Cama, que es ánima: Pachacámac quiere dezir, el que da ánima al mundo vniuerso, y en toda su propria y entera significación quiere dezir, el que haze con el vniuerso lo que el ánima con el cuerpo. Pedro de Cieça capítulo setenta y dos, dize assí: El nombre deste demonio quería dezir hazedor del mundo: porque Cama quiere dezir hazedor y Pacha mundo, & c. Por ser español no sabía la lengua también como yo, que soy Yndio Inca». (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 26r^o)

Antes de pasar adelante, quiero reparar en algunas marcas del enunciador que se dejan ver en el párrafo citado. Por ejemplo, este «Yndio Inca», como se llama, exhibe una destreza imperceptible para aplicar la terminología gramatical latina directamente a las formas gramaticales quechuas; igualmente, es de ver, la cita bibliográfica puntual y el comentario devastador que hace del ilustre historiador español Pedro de Cieza de León quien afirmaba que Pachacámac era el demonio.

Luego, sigue explicando cómo esa teogonía elaborada por las castas pensantes incas fue asimilada y seguida por el común hombre andino:

«Tuuieron al Pachacámac en mayor veneración interior que al Sol, que como he dicho, no osauan tomar su nombre en la boca, y al Sol le nombraban a cada passo. Preguntado quién era el Pachacámac dezían, que era el que daua vida al vniuerso, y le sustentaua, pero que no le conocían, porque no le auían visto, y que por ello no le hazían templos, ni le ofrescían sacrificios: mas que lo adorauan en su corazón (esto es mentalmente) y le tenían por Dios no conocido». (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 26v^o)

El Sol, la imagen visible del Dios invisible

Para la percepción humana, sigue contando Garcilaso, los incas tuvieron un dios visible, el *Sol*. Pero este era un dios estelar; es decir, solo una estrella exaltada sobre las otras estrellas del cielo, que el Dios Supremo, nuestro Dios, el invisible Pachacámac, les permitía percibir como a su dios cotidiano «... con su hermosura y resplandor. Dezíanles que no en balde el Pacha Cámac, (que es el sustentador del mundo) le auía auentajado tanto sobre todas las estrellas del cielo, dándoselas por criadas, sino para que lo adorassen y tuuiesen por su dios» (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 25r^o). Dicho de otro modo, nuestro Dios, al que llamaban Pachacámac fue, en verdad, quien les hacía adorar al Sol.

La mujer del sol y sus criados

Los otros cuerpos estelares percibidos con cercana nitidez en la noche andina fueron solo una especie de coro celeste de tercer y cuarto orden (o menos que eso), comenzando por la Luna:

«... y aunque tuuieron a la luna por hermana y muger del Sol, y madre de los Yncas, no la adoraron por diosa, ni le ofrecieron sacrificios, ni le edificaron templos tuuieronla en gran veneración por madre vniuersal, mas no passaron adelante en su idolatría. Al relámpago, trueno y rayo tuuieron por criados del Sol (...) mas no los tuuieron por dioses como quiere alguno de los españoles historiadores». (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 25v.^o y 26r.^o)

Los hijos del sol: Manco Cápac, el lucero del alba

En realidad, los incas –Manco Cápac, el primero– eran la dimensión divina (pero solo la explicada dimensión visible, solar, estelar) humanizada; y con la misión de llamar o volver hacia el Dios verdadero (a nuestro Dios cristiano) a la creación perversa: «A sus Reyes tuuieron por hijos del Sol, porque creyeron simplicísimamente, que aquel hombre y aquella muger que tanto hauían hecho por ellos,

eran hijos suyos venidos del cielo, y así entonces los adoraron por diuinos» (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 25v.^o). En cita más extensa dice:

«Viuiendo, o muriendo aquellas gentes de la manera que hemos visto, permitió Dios nuestro Señor, que dellos mismos saliesse vn luzero del alua [Manco Cápac], que en aquellas escurísimas tinieblas les diesse alguna noticia de la ley natural, y de la vrbanidad y respetos, que los hombres deuían tenerse vnos a otros, y que los descendientes de aquel, procediendo de bien en mejor, cultiuassen aquellas fieras y las conuirtiesen en hombres, haziéndoles capaces de razón, y de qualquiera buena dotrina: para que quando esse mismo Dios, sol de justicia, tuuiesse por bien de embiar la luz de sus diuinos rayos a aquellos idólatras, los hallasse no tan saluajes, sino más dóciles para recibir la fe Cathólica, y la enseñanza y doctrina de nuestra sancta madre Yglesia Romana». (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 13v.^o)

En realidad, como observarán, todo lo que le ocurre a los incas en cuanto a religión son los designios del Dios Cristiano, finalmente. La imagen del lucero del alba es muy cara a la exegética cristiana. A veces se le aplica a María como el anuncio del Sol de Justicia que es Cristo; o a San Juan Bautista porque anticipa la proclamación del Reino de los cielos por Jesús; pero donde es clarísimo el sentido cristológico de la imagen del Lucero del Alba es cuando el mismo Jesús se define a sí mismo en las últimas líneas del libro de las Revelaciones o Apocalipsis: «Yo soy (...) el Lucero radiante del alba». He aquí, pues, el anuncio cotidiano de la esperanza.

Los Incas conocieron y veneraron la Santa Cruz

Pero la cercanía de los conceptos espirituales y religiosos de los incas —propuesta por el escritor andino— se ve en todo su esplendor cuando narra que veneraban la Cruz cristiana antes de la llegada de los españoles:

«Tvuieron los Reyes Incas en el Cozco vna cruz de mármol fino de color blanco, y encarnado, que llaman jaspe cristalino: no saben dezir desde qué tiempo la tenían. (...) La cruz era quadrada tan ancha como larga, tendría de largo tres quartas de vara, antes menos que más, y tres dedos de ancho, y casi otro tanto de grueso era enteriza toda de vna pieça mui bien labrada con sus esquinas muy bien sacadas, toda pareja, labrada de quadrado, la piedra muy bruñida y lustrosa. Teníanla en vna de sus casas reales en vn apartado de los que llaman Huaca, que es lugar sagrado. No adorauan en ella, mas de que la tenían en veneración, deuía ser por su hermosa figura, o por algún otro respecto que no saben dezir. Assí la tuuieron hasta que el marqués don Francisco Piçarro entró...». (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 27v.^o y 28r.^o)

Pachacamac y la Santísima Trinidad

El Inca Garcilaso, no obstante, nos ofrece esta configuración de la religión de Manco Cápac, muy cercana a nuestras concepciones, se cuida muy bien de aclarar, en la retórica de su discurso, que los indios a los que hábilmente llama «infieles, idólatras tan alexados de la Christiana verdad» (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 31v.^o) no alcanzaron a comprender el misterio de la Santísima Trinidad; y, así, lo señala: «Que digan los indios que en vno eran tres y en tres vno, es inuención nueva dellos, que la han hecho después que han oído la Trinidad y vniidad del verdadero Dios nuestro Señor, para adular a los españoles con dezirles que también ellos tenían algunas cosas semejantes a las de nuestra sancta religión como esta...». (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 31r.^o)

El Inca Garcilaso afirma que no solo entre los incas, sino que en ninguna de las otras grandes culturas americanas se alcanzó a entender la verdad trinitaria. En otra ocasión, en abierta polémica con el Padre de las Casas, que afirmaba que en Yucatán los naturales habían percibido estos sagrados misterios, nuestro Inca Garcilaso

simplemente niega la capacidad de los indios de Centroamérica para entender la Tercera Persona de la Trinidad, es decir, el Espíritu Santo. Así, dice: «Si el dya de hoy [hacia 1604] con auer auido tanta enseñança de sacerdotes y Obispos, apenas saben [los indios] si ay Spíritu Sancto: cómo pudieron aquellos bárbaros en tinieblas tan oscuras tener tan clara noticia del misterio de la encarnación y de la Trinidad». (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 31v.^o)

Hombre de barro, alma inmortal

No obstante, cuando él lo dice («como Yndio del Cozco que es»), así hay que tenerlo. Las semejanzas entre el credo católico y la religión de los incas —propuesta por Garcilaso— se vuelve más evidente en esta otra concepción. Dice nuestro Inca que:

«Tuuieron los Incas Amautas, que el hombre era conpuesto de cuerpo y ánima, y que el ánima era espíritu inmortal, y que el cuerpo era hecho de tierra, porque le veyan conuertirse en ella, y assí le llamauan Allpacamasca, que quiere dezir tierra animada; y para diferenciarle de los brutos le llaman Runa, que es hombre de entendimiento y razón, y a los brutos en común dizen Llama, que quiere dezir bestia». (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 33r.^o)

Para terminar: si el *Huillca Humo* o sumo sacerdote solar [«un indio al que ellos tienen en la veneración que nosotros tenemos al Papa», dice de él Diego de Silva y Guzmán, padrino de Gómez Suárez en *La toma del Cuzco* (Coello 2008: 36 y 256)], digo, si el *Huillca Humo* hubiera leído los *Commentarios* no sé si habría suscrito enteramente esta visión de la religión de los incas adoradores del Sol. Es obvio que el Garcilaso Inga de la Vega estaba teorizando la alquimia perfecta de un posible modo de creer, de una fe híbrida —en este su libro inmenso— que anulara para siempre nuestras posibilidades de análisis. Es decir, él anticipó en la letra lo que el pueblo instauraría en la realidad: la unión indisoluble de la inmemorial religión andina con las verdades abiertas de la religión

católica; esa simbiosis impalpable de fe que contemplamos día a día en las cruces del camino, en las danzas puneñas de la mamacha Candelaria, en las capillitas lejanas, en las devotas catedrales, etc. Y fue así, de este modo, como al comenzar a explicar los cauces de la nueva evangelización de los Andes, el gran Inca Garcilaso al atrapar a sus lectores hispanos con esa prosa castellana, escurridiza, perfecta y renacentista con la que escribe, no sé en qué momento les aclara él mismo que esa religión de los incas era pura «fábula». (Inca Garcilaso de la Vega 1609: fol. 35r.^o)

Decía del Inca el maestro de Santander, don Marcelino Menéndez y Pelayo, en su memorable *Historia de la poesía hispanoamericana*, es: «uno de los más amenos y floridos narradores que en nuestra lengua pueden encontrarse» (Menéndez y Pelayo 1913: 145). Y, en afirmación más rotunda, certificaba que: «Como prosista, es el mayor nombre de la literatura americana colonial: él y [Juan Ruiz de] Alarcón, el dramaturgo, son los dos verdaderos clásicos nuestros nacidos en América» (Menéndez y Pelayo 1913: 149). Yo también lo creo así.

Bibliografía

- ARANÍBAR, Carlos. 1995. «Índice analítico y glosario». En: *Comentarios reales de los incas*. Inca Garcilaso de la Vega, tomo II. México: FCE, reimpresión.
- COELLO, Óscar. 2008. *Los orígenes de la novela castellana en el Perú: La toma del Cuzco (1539)*. Lima: Academia Peruana de la Lengua-UPG de la Facultad de Letras de la UNMSM.
- GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel. 1908. «El testamento, codicilos, etc. del Inca Garcilaso de la Vega». En: *Revista Histórica*. Lima, Tomo III.
- INCA GARCILASO DE LA VEGA. 1609. *Comentarios reales*. Lisboa: Oficina de Pedro Crasbeeck.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. 1913. *Historia de la poesía hispanoamericana*. Tomo II. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.

Correspondencia:

Oscar Coello

Docente del Departamento Académico de Literatura de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM

Correo electrónico: ocoello@oscarcoello.com